

mo podrá renunciar al engrandecimiento del Estado y á la conquista de un nombre? cómo no se dejará seducir por el irresistible atractivo de la gloria que puede conquistar para sí y para nuestra pátria?

La literatura ejerce la más saludable influencia en la educación de las costumbres, en la práctica de la moral. Donde las bellas letras se han cultivado, donde la voz del genio se ha dejado oír, allí impregnó el sentimiento sublime ley del corazón, allí se desarrolló la inteligencia, desestelo por lo Dios. Lo delicado, lo noble y sublime, crea el entusiasmo por la libertad y por la pátria. En razón de que la pátria y la libertad se presentan á las naciones con todo el atractivo de la poesía, con todas las galas con que ella las reviste. Los griegos decían *libertas delectatione heros* como Leónidas y Diómedes, Temístocles y Aristides.

La historia de todos los pueblos, antiguos é modernos, demuestra esta verdad: el engrandecimiento de las naciones es precedido por el progreso de las bellas letras. Voltaire y Rousseau demuestran la influencia que el pueblo francés y más que éste, los ciudadanos de Roma y de España sostuvieron la República. Vergilio y San Juan.

Pues si son tan saludables estos hechos, estudiemos por la historia, como la juventud de Agasacalientes, que nació en un estado cultivado, no recogerá abundante cosecha en el fértil campo de la literatura.

CAPITULO XXVIII.

Costumbres.

NO PUEDE jactarse de conocer la historia de un pueblo quien no estudia sus costumbres, quien no penetra hasta el hogar doméstico y examina allí, en las calles, en las plazas, en los templos, los hábitos de los que componen la sociedad, cuyos hechos dignos de figurar en la historia son el reflejo de las acciones privadas. Las virtudes y los vicios de una clase social, las inclinaciones más culminantes de una nación, su manera de ser influyen tanto en su marcha progresiva ó en su decadencia, que más de una vez los hombres pensadores han vaticinado la suerte futura de las sociedades, sin más auxiliar que el examen filosófico de las

costumbres de éstas. Ellas revelan el grado de ilustración de un pueblo, el desarrollo de sus fuerzas físicas y morales.

Las austeras costumbres de los espartanos, su consagración á la pátria; la mesa comun, la esposa que se separa del esposo y de los hijos y les empuja al combate; sus himnos de guerra, sus gimnacios, sus carreras; todo estaba revelando, desde antes que sus grandes hechos fuesen conocidos, que aquella nacion de guerreros, de héroes tendria en su historia la inimitable página del paso de las Termópilas, que veria impasible su propia ruina antes que sacrificar su independenciam. Y el pueblo artista de Aténas, con su Parthenon, sus ensenadas de Muniquio y de Falera, conteniendo cuatrocientos bajeles; sus olivares de Iliso y Cefiso, su bestíbulo dórico en la ciudadela, sus jardines, sus pórticos, sus columnas; ese pueblo, con su Academia, sus escuelas, sus teatros, sus mujeres bellísimas, ardientes, revelan á Temístocles y á Arístides, las glorias de Salamina y de Platea, pero mas revelan al país cuna de la belleza, de la elocuencia, de la poesia, del amor.

Antes que muriera Bruto, el último romano, antes que César pasara el Rubicon y con su espada victoriosa matara la libertad, pudo predecir Caton la muerte de la República. No habia perecido ésta en Farsalia y en Philipos, sino en la misma Roma; no la habian destruido ni César ni Antonio ni Octavio, sino la corrupcion de las costumbres. Allí donde la habitación de un hombre público era un palacio espléndido; donde Ciceron escribia sobre una mesa que costó veintemil francos, la acusacion contra Verres, que se robó

veintiocho millones, no podia existir la República. Y no podia vivir la libertad donde Cleopatra subyuga con sus gracias á César y á Antonio, en una sociedad donde se paga la hospitalidad con el asesinato, se establecen colonias de prostitucion y licencia, se cometen crímenes que ruborizan y espantan, y se escriben panegíricos de la embriaguez y de la mas grosera lubricidad..... No podian dar al mundo hijos dignos de la antigua Roma, mujeres como la hija de Sila y la de Ciceron, libertinas como Sasia, Mucia y Fulvia.

Es verdad que Voltaire, Rousseau, la Enciclopedia hicieron la revolucion francesa y predijeron la muerte de la monarquía; pero tambien es cierto que ésta sucumbió bajo el peso de sus propios crímenes. La adulacion servil que ensalzaba los vicios de Luis XIV; las prostitutas que dictaban leyes; las cenas del regente, las infamias de Luis XV y del cardenal Dubois y las fiestas del Trianon; el lujo, la prostitucion, el peculado, el derroche, las traiciones, fueron los venenos que mataron la monarquía; fueron las costumbres que hirieron la moral, las que derrumbaron el trono de los Capetos.

En todas partes los vicios sociales que corrompen la moral, engendran el desorden, el egoísmo, la anarquía, todos los males que estancan la corriente del progreso y determinan el envilecimiento, la desgracia de los pueblos; de manera que el cuadro de las costumbres es el de la nacion cuya historia leemos, cuadro agradable ó sombrío, segun que ellas hayan ejercido una influencia benéfica ó perjudicial.

Nosotros no podíamos sustraernos á esa influencia: hemos avanzado á medida que han mejorado las costumbres, á medida que ese mejoramiento ha permitido el desarrollo de las fuerzas físicas y morales del Estado. Por desgracia lo vicioso que hay en aquellas es el triste fruto de épocas de tiranía, la herencia que nos legaron las preocupaciones religiosas y políticas que infundieron los conquistadores en el ánimo de nuestros padres, mezcladas éstas con los hábitos de los ascendientes de los conquistados.

Los primeros habitantes de Aguascalientes, vencidos unos y otros vencedores, llevaron allá los vicios de su raza, de su educación, cuyo monstruoso consorcio se notaba hasta en las prácticas religiosas. Los señores quisieron imponer por la fuerza, no solo la religión, sino el modo de ser de los pobladores de los villorrios de España; los siervos resistieron por odio de raza, por el despecho de la derrota, por el natural amor á la patria y al culto de sus padres; pero por una parte el despótico rigor de aquellos, y por otra el contacto entre unos y otros, hizo aceptable á los segundos algunas de las doctrinas de los primeros.

Eran nuestros antepasados descendientes de los aztecas y de otras razas indígenas y, como aquellos, de color aceitunado, cabello espeso y liso, poca barba, blanca y solida dentadura; sóbrios, reposados, tranquilos. Apacibles, como dice Humboldt, meditabundos, fuertes para resistir las fatigas, se resignaron al yugo español. Los conquistadores les emplearon en los más duros trabajos de las minas y del campo, les convirtieron en bestias de carga, logrando hacerles abyectos, cua-

tro ó cinco décadas después de la conquista. Entonces se fundaba Aguascalientes, y sin dificultad pudieron los señores llevar á las tareas agrícolas, á los campos arrebatados por el derecho del más fuerte, á los compatriotas de Ahuizotl y de Moctecuzoma.

Allá, como en todo el país, el fanatismo religioso, la tiranía del trono y la avaricia de los señores, convirtieron al hombre en esclavo. Dos ó tres de éstos eran dueños de una inmensa extensión de territorio, en donde vivían diseminados centenares de hombres, cuyo trabajo explotaban aquellos. El aumento de población fué formando pueblos y villas; pero ésto era cuando el poder extranjero se había consolidado y los vencidos se habituaban al yugo de sus amos. (1)

[1] Los grandes propietarios y el clero, tenían entre sí graves cuestiones, de las que no se apercebían los pueblos oprimidos, cuestiones que desdian la privanza, la astucia y la intriga. Hacia el año de 1618 estuvo en peligro de desaparecer la inmensa propiedad territorial de la familia Rincon, de la cual solo quedaba entonces un vástago, D. Pedro Rincon de Ortega, cura de Aguascalientes. Siendo niño éste, fué arrebatado del hogar y educado por los jesuitas, que esperaban por este medio adquirir cuanto aquel poseía. D. Pedro no quiso la sotana del jesuita, sino la del clérigo, y aunque le obligaron á hacer voto de pobreza, encontró una parienta á quien constituyó heredera de sus bienes.

De esa señora desciende un hombre que se hizo célebre por su gentil apostura y su valor personal, á quien por ésto llamaron *Gallardo*, sobrenombre que hizo el segundo apellido de Rincon, cuya familia olvidó el de Ortega.—Como entonces la Nueva España no sostenía guerra con nación alguna, es lógico suponer que las campañas caballerescas dieron nombradía al primer Rincon Gallardo.

El hábito creó el servilismo. Un propietario, un agente del rey, un sacerdote fueron el objeto de la veneración de los indios. Teniendo éstos como recompensa de inmensas fatigas un corto salario, el preciso para no morir al influjo del hambre, vino la miseria á pesar sobre ellos, y la miseria produjo la abyección, las supersticiones, el vicio. Quiso aliviarse el peso de la servidumbre con la embriaguez, y ésta mató el sentimiento de la dignidad humana: la ignorancia engendró el fanatismo por una religion que, como se practicaba, no era la cristiana. Confundiendo á las imágenes de los santos con las de sus ídolos, daban á aquellos el repugnante culto que poco antes tributaban á éstos; mezclaban sus danzas, sus fiestas á los actos más augustos de la nueva religion; y sin comprender la elevación de los dogmas católicos, ni la moral del Evangelio, corrompieron ésta y no vieron en aquellos mas que la parte que halagaba su superstición y sus pasiones.

Las procesiones de santos, que no eran por cierto obras acabadas de reputados artistas, á las que acompañaban las danzas profanas, las *chirimías*, los cohetes, las *cámaras*, eran fiestas consagradas por la idolatría con las que la civilización se avergonzaba y se espantaba la moral. Los *chicahualtstes*, simulacros que recordaban las victorias que los españoles alcanzaron sobre los moros, con su Santiago, espada en mano y á caballo, con sus comparsas de hombres con peluca de

También es conocido el ruidoso litigio que contra la familia Rincon sostuvo la de Flores Alatorre, así como la privanza del coronel Obregon cerca del virey Iturrigaray y de su esposa la vireina.

ixtle y vestidos ridículamente; sus danzas con sus *monarcas*, sus *malinches*, sus bailarines con *palmas* de plumas; la veneración por ciertas *reliquias* que curaban todas las enfermedades; sus Cristos con enaguas y rosario; todo esto alejaba á las gentes del culto puro y sincero que el hombre ilustrado tributa á su Creador. Y entre esta multitud de mascaradas, todo lo que degrada, todo lo que envilece:—la obediencia ciega á la inquisición y al rey, la veneración, casi la idolatría hacia los sacerdotes, el respeto servil hacia los mandarines, hacia los pretendidos nobles.

Todavía otras creencias y otros actos desvirtuaban más la influencia bienhechora de la religion y más pervertían la moral. Creíase en las brujas y en los duendes, en los adivinos y en los hechiceros; se atribuía al demonio un poder igual y á veces superior al poder de Dios.

Se confeccionaban *monos* de trapo que imitaban la figura de las personas á quienes se creía hacer mal, y se clavaban en aquellos espinas de maguey, agujas ó alfileres, cuya operación—se decía—causaba una enfermedad al hechizado. Los que en vida habían ocultado tesoros, venían, después de muertos, á revelar su secreto á los vivos, verbalmente ó por escrito; se repetían los milagros de los santos del hogar, cuyas relaciones se revestían con cuantos pormenores se forjaban groseras imaginaciones, y se hacía uso de unas varillas de hierro que señalaban los lugares donde había tesoros ocultos. Cada generación legaba á la que le sucedía este gran caudal de supersticiones, y así se fué propagando el fanatismo. Todavía por los años de

1830 se creía en los milagros del humilde y virtuoso cura D. Ignacio Lomas, de quien se decía que jamás destruyó su calzado, porque recorría las calles de la ciudad elevándose dos ó tres pulgadas sobre la superficie del suelo.....

Yo sé que, como dice Mr. de Sismondi, de todas las fuerzas morales á que el hombre está sujeto, la religion es la primera; sé que el corazon necesita amar y la inteligencia remontarse hasta la causa de todo lo creado, que no puede ser otra que la voluntad omnipotente del Sér que dictó al universo sus eternas leyes, y creo con Rousseau que *el uso mas sublime que el hombre puede hacer de su razon, es anonadarse delante de Dios*. Todavía más. Sé que la moral del cristianismo satisface plenamente al espíritu y al corazon; que no puede dejar de ser civilizadora una religion que proclama la igualdad y la libertad y estrecha á los hombres con el dulce lazo del amor á la humanidad, con el vínculo del amor fraternal. El gran libro que nos enseña á ver un Dios en el cielo y en la tierra un hermano en cada hombre, que nos manda amar á nuestros enemigos, hacer bien á los que nos aborrecen y rogar por los que nos calumnian y persiguen; ese libro—el Evangelio—debe ser la base de las constituciones de los pueblos libres é ilustrados. Pero eran conformes con las doctrinas de Jesucristo la moral y las prácticas religiosas de nuestros padres? Eran conformes con el Evangelio tantas supersticiones, tantos actos que, cobijados con el manto de la religion, corrompieron las costumbres? Qué podía resultar de un culto que hablaba á la imaginacion y á los sentidos y no al espíritu,

que bajaba al hombre hácia las criaturas en lugar de elevarle hácia Dios, que mezclaba las ceremonias del paganismo á los recuerdos mas santos de la vida y la muerte de Jesus?

A todo esto se agregaban otros vicios sociales que la educacion y la costumbre santificaban, pero que nos detuvieron en la senda del progreso. Nuestros antepasados vivian en un aislamiento abrumador, victimas de los mas rudos trabajos en una época del año, pero en medio de la ociosidad en otra. Como no tenían aspiraciones, no se creaban necesidades, y se contentaban con vivir en las poblaciones consumiendo el fruto de sus fatigas, mientras llegaba el tiempo de las siembras. Pocos sabian leer. Se confesaban durante la cuaresma y asistian los cuarenta dias á los actos del culto. Gastaban mucho en fiestas religiosas y eran escrupulosos para pagar los diezmos y primicias á la Iglesia y el tributo al rey. Compraban su bula y con ella la dispensa de comer carne. Vivian en pequeñas y no muy higiénicas habitaciones; criaban animales domésticos en los corrales de sus casas, vendian su cosecha y pasaban así cuatro ó cinco meses del año. Más que ecónomos eran mezquinos. El tosco vestido de cuero, las mangas ó el *zarape*, las botas de montar, llamadas de "campana," tambien de cuero; las ataderas con que aquellas se aseguraban; el sombrero de ala ancha; el *barbuquejo*, el caballo, la *reata*, las *espuelas*, el eslabon, la piedra y la *yesca*, caracterizaban al *ranchero* de la clase media. Los hijos de éste eran un tipo parecido. Pocos iban á la escuela, y desde pequeños ayudaban á su padre en los trabajos del campo. Las mujeres, mas laboriosas

que ellos, no disfrutaban ni de esos cinco meses de descanso. A las fatigas y padecimientos propios del sexo, al cuidado de la casa, del marido y de los hijos, se agregaba el del caballo, los animales domésticos, la vaca. Cocían el *nixtamalt*, molían el maíz, hacían las *tortillas* para el almuerzo, para la comida y la cena. Los momentos que tantos quehaceres les dejaban libres, los empleaban en concurrir á los templos. Rezaban con la familia á los toques del alba, de las doce, de las tres, de la oracion. Despues se rezaba el "bendito" al encender la vela, y, rodilla en tierra, en el hogar ó en las calles, se rogaba por las ánimas, al toque de las ocho de la noche. Las familias se recogían temprano á dormir, para levantarse con la primera luz del día. Su alimento era; carne, no siempre; maíz, frijol, algunas veces legumbres, chile, leche y queso. La esposa y sus hijas vestían enaguas de *variada* y otros tejidos del país, y muy pocas usaban el *túnico*, á no ser el "túnico de iglesia," excesivamente estrecho y con *pesas* en la falda. El *rebozo*, generalmente azul, la camisa escotada y de manga corta, *perfilada* ésta como la parte de aquella que cubría el pecho; las enaguas exteriores más altas que las interiores, dejando ver las faldas de éstas, *labradas* con hilo azul, verde, negro, etc., representando flores, animales y otras figuras, hacían el traje de la mujer de la clase media. El marido y la esposa tenían un respeto profundo por los sacerdotes y por los compadres; veían unos oráculos en el mayordomo, el *maestro* de escuela, el *escribano*, (escribiente) el notario de la parroquia, y por todo aquel que se distinguía un poco. Por lo demás, esa clase era la de mejores costum-

bres, la más activa, sociable y alegre. Le agradaba el *fandango*, en donde se olvidaba hasta de su frugalidad, entre el *jarabe*, las *justicias*, *balonas* y boleros, algunos de ellos picarescos. Guardaban luto esas buenas gentes por la muerte de sus deudos, y á los niños les se- pultaban acompañando el cadáver con músicas. Celebraban los bautismos, y eran de rigor en los matrimonios la boda y el *fandango*.

La clase alta imitaba cuanto podía las costumbres españolas, en el traje, en la comida, en todo. Devota, quizá por cálculo; altanera, para conservar su prestigio ante los oprimidos, vivía en un completo aislamiento, ya en la "casa grande" de la *hacienda*, ya en el palacio de la villa. Reducida la familia á un círculo estrecho de amigos que buscaba entre sus iguales, tenía poco trato social y era muy ignorante. Salían los ricos á misa, alguna tarde á paseo, á caballo ó en coche, y á los toros, función que tenía lugar entonces cuando se hacía la *jura* de un rey ó se solemnizaba el "feliz alumbramiento de la reina." También solían concurrir los señores á las representaciones de autos sacramentales, coloquios y pastorelas. Uno que otro baile, una que otra tertulia les proporcionaba distracción. Los alimentos eran un poco mejores que los de la clase media, agregándose el chocolate y el *catalan*. En la ociosidad en que vivían, sus diversiones eran la baraja, los juegos de azar. En estos aventuraban sus caudales, mientras que las gentes de la clase media se divertían con el *porrazo*, el *burro*, el *perico* y otros juegos inocentes, y eso sin consentir que los hijos viesan jugar al padre y á la madre.